

MUERTE

CARACOL

Por AVE AURA

Tercera entrega de siete

ip, pip, pip. Pasas los artículos frente al decodificador. **P**apel higiénico, pip, aceite de olivo extra virgen, pip, mostaza, pip, vegetales congelados, no hay respuesta, limpias con el dedo la escarcha que cubre el código de barras, la deslizas nuevamente: pip. Mezcl. veg. preco. \$24.60, aparece en la pantalla. Pip. Pip. Pip. Total artículos: 32. Intercambio monetario. Siguiendo, siguiente, siguiente.

Así pasan tus días, entre llamadas a los departamentos de lácteos, damas o jarciería; monedas de 10 centavos, autorizaciones del gerente —nunca has entendido por qué tienes que esperar a que venga a deslizar su tarjeta si jamás se fija en lo que está aprobando—; reclamos de cambios mal dados, miradas indiferentes, apremios, señorita, tengo prisa; promociones, descuentos, sellos de estacionamiento, ¿encontró todo lo que buscaba?; si te pagan con vales de despensa tienes que checar la vigencia y si es con billetes debes mirarlos a contraluz y rascarles el sello en relieve, no vayan a ser falsos, aunque dudas de que puedas reconocer uno, no importa, tú siempre míralos a contraluz. Cuentas que no siempre salen, fíjate en lo que haces porque si no acabas poniendo de tu bolsa y mercancías y más mercancías, no puedes creer que ya llevas más de tres años en este puesto y todavía hay artículos que te sorprenden: ¿té de cola de caballo?, ¿hay una fruta llamada carambola?, ¿leche deslactosada, descremada, homogeneizada, evaporada, pasteurizada, reconstituida, vitaminada y adicionada con grasas omega 3?

Te duelen los pies. Levantas uno para descansar, pareces un flamenco; ojalá, más bien pareces un hipopótamo con un pie levantado.

Y aquí estás, practicando tu rutina diaria de ejercicio —deslizamiento de objeto de peso variable de un lado a otro de la caja registradora con un único brazo, repeticiones infinitas— y con tu gafete que dice: “Estoy para servirle.” Eso es una humillación vil y además la hacen personal, porque debajo de esa sentencia ponen tu

nombre y con mayúsculas. Para decirte, tú eres Norma y ahora hínchate frente al dinero; si no para qué te endilgan el nombre en el pecho si jamás ningún cliente se ha molestado en leerlo y saludarte, buenos días, Norma, cómo estás. O incluso cuando hay algún malentendido con un comprador y va y te acusa con el gerente, eres la señorita de la caja 2; jamás Norma. Tu nombre en el gafete es sólo un recordatorio: tú, Norma, eres una empleada y vendes a diario tus certezas, tus argumentos, tus verdades. Tú, Norma, agáchate, y di siempre sí, porque vales menos que los clientes simplemente porque ellos pagan. Pero además, todo el tiempo, con esos cursos de capacitación de los viernes, con la misión de la empresa pegada hasta en el excusado, con la mirada vigilante del supervisor, te dicen quedito: Tú no eres nadie, no vales nada, sólo eres una pieza más que nosotros movemos a nuestro antojo. Porque quien verdaderamente tiene siempre, siempre, s-i-e-m-p-r-e, la razón es la empresa: en ropa interior no hay cambios, esa marca es la única en la que no es aplicable el descuento, no hacemos devoluciones en efectivo. Tú das la cara, tú aguantas los insultos, los dueños se hacen millonarios.

Y para rematar te enganchan un botón con una carita sonriente. Saben de tu dolor y lo quieren ocultar. Con esta maldita vida: vivir para trabajar, trabajar para apenas subsistir, quién va a andar sonriendo.

—Señorita...

Ahí está otra vez: "señorita", ¿qué, no sabe leer? Eres Norma. Nor-ma. Ene, o, ere, eme, a: Norma, piensas.

—¿Qué le pasa?

¿Qué me pasa? Que estoy hasta la madre.

—Oiga, está aventando mis cosas, ya me aplastó el pan.

Lo que quisiera es aplastarte la cabeza con este sartén de 99.90, vieja ridícula.

—Ya estuvo, deje de azotarlos o voy a hablar con el gerente.

—Y con su pinche madre también.

Te suspenden tres días sin goce de sueldo. Más valdría que te hubieran corrido, la liquidación no te caería nada mal, pero los despidos le salen caros a la compañía.

Te deslumbra el sol pleno. Entrecierras los ojos y miras tu reloj: dos y media. Al menos, saliste temprano. Te diriges a casa, suerte que tienes el departamento —pinche, pero departamento al fin— que te heredó tu madrina, y está cerca del supermercado; si no seguro tendrías que pagar renta en quien sabe dónde chingados.

Cruzas la avenida y decides mejor pensar en las palomitas y los chocolates que te vas a comer, acostada, viendo la tele durante tres días y no te vas a bañar y vas a eructar y te vas tirar pedos cuando te dé la gana y... ¡Putá madre!, no te acordabas de Bety; tienes a una intrusa instalada en tu sala, con su ropita apilada en una esquina de tu comedor, con sus productos de belleza en tu baño, con su vida jodiéndote la tuya. Tres días sin trabajo y con un estorbo en tu existencia. Putá madre.

Das vuelta a la derecha en Héroes. Faltan sólo dos cuadras. Cómo te arrepientes de haberle ofrecido tu casa esa noche en que te habló por teléfono, fue un cumplido, un signo de buena educación por aquellos tiempos en que fueron compañeras de escuela; jamás te imaginaste que a los pocos días iba a estar frente a tu puerta pidiéndote posada porque resulta que la señorita cree que se va a comer el mundo a puños nomás porque tiene las nalgas paraditas. Lleva tres meses instalada en tu departamento y tú no ves claro. Lo bueno es que casi no come. Dizque modelo; sí es bonita, no lo puedes negar;

pero de eso a que consiga chamba, le cuelga. Te cuenta toda emocionada que ya tomó varios cursos de automaquillaje, que un amigo le enseñó a caminar en pasarela, que le recomendaron que probara a ver qué salía, que su mamá no está de acuerdo, y ahí estás tú para solucionarle sus problemas y a ti quién te los soluciona. Tu edificio está del otro lado de la calle, cruzas y un taxi te toca el claxon para que te apures. Le muestras el dedo medio y caminas lo más despacio que puedes.

Nada más falta que al rato llegue bien contenta, que ya tiene trabajo, que le van a pagar muy bien, que todo está chido porque entonces sí que te da, tú llenaste formularios, hiciste colas, revisaste el aviso oportuno no sé cuántas veces, mendigaste recomendaciones, te arrastraste y mira en qué estás trabajando; ella llega, pone un anuncio y cree que ya estuvo. ¿Y si de veras le dan el empleo y resulta que va a ganar más que tú y va a trabajar, si a eso se le puede llamar trabajar, mucho menos? Te cae que eso no es justo, sólo por haber nacido bonita y por enseñar las tetas; no es justo, de verdad que no es justo. Púdrete, le deseas.

Ya estás frente al edificio, la puerta está abierta. Entras, empiezas a subir los escalones y en el descanso entre el primer y segundo piso recapacitas, no, eso no puede ser, ya son tres meses y nada, ni una chambita, nada; ella es tan ingenua que, por más que le has dicho que las cosas aquí no son fáciles, ella sigue creyendo que sí la va a hacer. A ver cuándo se convence de que lo mejor es que agarre sus tiliches y te deje de joder la vida. Te das un límite, si la próxima semana no consigue algo, le vas a decir que ya no puedes apoyarla. Ni modo así es la vida.

El jadeo que te produce el esfuerzo dificulta incluso tus pensamientos, con trabajo llegas hasta la puerta de tu departamento. Te limpias el sudor de la frente, abres la puerta y ahí, en medio de tu sala, en el piso, a menos de tres metros de ti, está el cuerpo de

una mujer, ¿Bety?, no, no puede ser Bety, ves lo que queda de ella, desnuda, sobre un charco oscuro, pero entonces quién es, el vientre abierto en dos, los intestinos desparramados, el cabello crespo, la cabeza casi separada del cuerpo, sí, sí es ella, las manos y los pies atados, los ojos, no tiene ojos: una masa le cuelga de las cuencas, un pedazo de tela negra dentro de su boca, la piel tasajeada, puedes ver los huesos. Y sobre ella, en cuatro patas, como un lobo arriba de un ciervo, está un hombre, mirándote, está cubierto de sangre, mirándote, gime, mirándote, comienza a incorporarse, te mira. Tú das unos pasos hacia atrás, giras, das media vuelta y corres, corres. Dios, qué acabas de ver. No es posible. Los escalones están bajo tus pies, y los recorres sin pensar, no puedes pensar en nada, la fiera viene detrás

Carlos Sobera interrumpe su lectura, "la fiera viene detrás", repite y observa a su alrededor, la chica de la cana en el hombro ya no está y él no se dio cuenta de cuándo se fue. Ahora el asiento está vacío, lo cual es raro, pues hay un par de personas de pie. Carlos Sobera ve por la ventana para saber cuánto falta y percibe que hace dos cuerdas se debía haber bajado, dobla la esquina de la página donde se quedó, cierra el libro y se apresura a levantarse.

Los pasajeros que están de pie van hacia los dos lugares vacíos. Al parecer, no se conocen, pero bastó con que Carlos Sobera se levantara para que ellos decidieran sentarse juntos, como si ambos hubieran estado evitando el contacto con el lector de *El asesino del caracol*. Carlos Sobera piensa que tal vez ha estado leyendo en voz alta, algunas veces le ha pasado. Sólo las miradas sobre sí lo hacen caer en la cuenta de que el seguro del silencio se le ha botado.

Llega a la puerta de salida y levanta la mano para pulsar el timbre, pero no lo hace. Voltea a ver al chofer. En el espejo

retrovisor se encuentran las miradas. Los ojos abotagados del conductor miran a Carlos Sobera y después regresan al frente y Carlos Sobera no se decide a pulsar el timbre. En su mente se suceden las imágenes: su dedo presiona el botón, el sonido llega hasta el frente, tiiiiiiiiiii, tiiiiiiiiiii, el chofer maneja como si no hubiera escuchado la señal y el paisaje pasa tranquilo por las ventanillas, dejando cada vez más atrás el destino de Carlos Sobera. Él vuelve a oprimir el botón, una, dos, tres, veinte veces. El chofer esboza una sonrisa maliciosa y hunde su pie en el pedal. El microbús frena en seco. La mano de Carlos Sobera intenta detenerse de un tubo, pero no logra asirse, la imagen recuerda el cuadro de algún cómic, él, Carlos Sobera, su cara, dando de bruces contra el piso.

Chiflidos y mentadas al conductor. Carlos Sobera se levanta para buscar el libro que se le escapó de las manos y se deslizó algunos lugares más adelante, está junto a los pies de un hombre. Carlos Sobera lo recupera, se levanta y va hacia la parte delantera del microbús:

—La salida es por atrás —le ordena el chofer con ojos acuosos por la risa contenida.

—Por atrás te voy a meter tu llave de tuercas, hijo de la chingada —Carlos Sobera lo toma por la playera con una sola mano, cerca del cuello y retuerce la tela hasta sentir la traquea del hombre, tiembla.

El hombre permanece inmóvil ante la fuerza que casi lo sofoca, hasta que:

—¿Va a bajar? —la mujer saca a Carlos Sobera de su imaginación.

Él, que está obstruyendo la puerta, asiente y aprovecha para salir. Una vez que toca el asfalto, piensa en que la fiera no viene

detrás, sino que las más de las veces está dentro de uno. Comienza a caminar. Tendrá que recorrer varias cuadras para llegar a casa.

la fiera viene detrás de ti, estás segura. Trastabillas, tocas el piso con los dedos, pero sin darte cuenta ya estás otra vez de pie. Golpeas una puerta:

—Ayúdenme —crees gritar.

No abren, azotas, pateas, aúllas. Ya estás corriendo otra vez.

Llegas a la puerta de salida. Está cerrada. No quieres mirar atrás. Intentas abrir, se atora la chapa, sientes una respiración en tu cuello, haces otro intento y la puerta cede. A pesar de ti, volteas y no hay nadie. Corres. En la calle, algunas personas te miran. Gritas, los asustas, se alejan.

Te descubres jalando tus cabellos, no sientes dolor alguno, tienes la cara mojada, la garganta seca, sigues corriendo, ¿se la estaba comiendo? Dios mío, no puede ser. No, Bety, no. Te detienes, jadeas, la gente te mira. Recuerdas tus palabras: Púdrete. No, no, no. Lloras, cuando te das cuenta estás de rodillas, las manos en la cara, estás sorda, no escuchas nada más que tu propio corazón desbocado. Necesitas llamar a la policía. En la esquina hay un teléfono, no tienes dinero, sabes que existe un número gratuito, pero nunca te importó memorizarlo. Qué haces, qué haces, Dios mío. Te sientas en la banqueta, tus rodillas están lastimadas, perdiste un zapato, estás empapada de sudor. Sientes los músculos de la cara tensos, como si una liga te jalara las mejillas hacia atrás. ¿Se la estaba comiendo? Tenía la boca llena de sangre, le escurría sangre por las comisuras, las manos rojas de sangre, toda la piel cubierta de sangre, estaba desnudo, crees que sí, estaba desnudo. Y te miraba,

te miraba.

Tiemblas, sientes unos ojos fijos en ti, levantas la vista y un hombre con uniforme de policía te ofrece la mano, la aceptas, te levantas, lo ves mover la boca, pero no entiendes nada, tratas de explicarle, pero es como si miles de personas estuvieran hablando dentro de tu cabeza: Bety, sangre, miedo, asesino, ¿se la estaba comiendo?, no es posible, no es posible. Tu corazón bombea las ideas vertiginosas, intentas hablar, y tus palabras salen lentas, una tras otra, a cuenta gotas. Alguien más, que eres tú, piensa dentro de tu cabeza, otra tú habla, otra tú respira, otra más observa, nadie escucha, ya no escuchas...

Carlos Sobera está sentado en una de las dos sillas de su cocina, no es hasta que termina el capítulo que se percató de que tiene hambre, la lectura logra sacarlo de las cuatro paredes de su vida para vivir otros mundos. Es un lector compulsivo, ahora que lo piensa no sabe si su tendencia a la soledad lo ha hecho leer tanto o fue la lectura la que lo hizo un solitario. Las novelas que más le gustan son aquéllas que lo han retratado, que al entrar a la página 23 le dicen algo así como "este personaje podrías ser tú" y que en la 102, le expone una tesis con la que él está completamente de acuerdo; pero también es muy importante que lo engañen, sí, que el autor mueva las piezas de manera que siempre logre sorprenderlo, no hay peor novela que la predecible, piensa Carlos Sobera.

De *El asesino del caracol* le ha gustado que los personajes se hayan ido pasando la pelota de la historia para que cada uno revele un parte desde su punto de vista. En el primer capítulo que narra la madre del asesino, Carlos Sobera se terminó preguntando quién estaba más desquiciado, ella o el hijo. Después el contraste con el segundo, donde la esposa que después de diez años con Esteban aún no lo conoce

y lo cree un niño caprichoso al que hay que proteger. Para por fin en el tercero conocer al asesino y su mente torcida, que si bien le pareció exagerada, encontró puntos de unión con él mismo. Ese desprecio hacia el mundo, esa obsesión en los detalles. Carlos Sobera cree que todos ellos, incluso Bety y Norma son víctimas y victimarios al mismo tiempo, todos quieren sacar provecho del otro; aunque eso sí, le gustó la vulnerabilidad con que fue tratada la víctima, cómo se teje el carácter de ese ser que sólo existió para sucumbir en manos del asesino.

Cierto, *El asesino del caracol* no es la mejor novela que Carlos Sobera ha leído, pero por lo menos la creación de atmósferas y el tema le han gustado, eso, hasta el momento, ha bastado para que Carlos Sobera le otorgue su atención. A Carlos Sobera le interesa entender la naturaleza del Mal, le obsesiona todo aquello que remueva las entrañas. Las dudas, los problemas cotidianos, la aburrición que lo agobian se le olvidan cada vez que se interna en una historia buscando su propio sentido. Cree que la ficción es sin duda mejor que cualquier realidad. Por ejemplo ahora, a pesar del hambre, prefiere leer el inicio del siguiente capítulo:

É se había sido un día aburrido, como cualquier otro. Yo estaba en la patrulla, eran las tres y cuarto de la tarde, hacía calor, bostecé. Me comí la última papita de la bolsa, le di un trago a mi refresco, estaba tibio. Observé a una mujer que pasó junto a la unidad, usaba minifalda, era un bollo la chamaca. La seguí hasta que se dio vuelta en la esquina. Mi compañero leía una revista. La voz encerrada en la radio nos interpeló:

—59-18.

—Adelante para 18, base..

—Reportan a una femenina, al parecer afectada de sus facultades, por escandalizar. Héroes y Libertad... ¿me copió? —mi compañero y yo intercambiamos miradas de asentimiento, nos pareció algo tranquilo y capaz que hasta divertido.

Hacia cosa de dos semanas, nos había tocado lidiar con una mujer que se subió a un camión, se quitó la blusa y empezó a bailar, el chofer la bajó y ella se trepó, medio encuerada, en el cofre de un coche donde iban dos ñoras y ahí siguió con su show; era medio güerilla, pero de que estaba deschavetada no me quedó duda.

Tenía heridas en los muslos, yo creo que sus parientes se la chingaban cuando se le iban las cabras. Se nos puso violenta, no se dejaba subir a la patrulla, quién sabe de dónde sacaba fuerzas, igual y andaba cruzada, entre los dos no la podíamos meter, me rasguñó, a mi pareja lo mordió y rompió un vidrio de la unidad. Pero valió la pena, estaba bien la chava y en el relajo, pues nos dimos vuelo con el toqueteo.

—Enterado base, en ruta —contesté por el transmisor y aceleré, llegaríamos rápido, estábamos a cinco cuadras.

No fue difícil encontrarla, estaba sentada en la banqueta: una mujer joven, gorda, con las rodillas heridas, sin un zapato, parecía no darse cuenta de que su vestido se había levantado y dejaba al descubierto sus muslos blancos; las manos en la cara, lloraba. Algunas personas la observaban a distancia como a un animal salvaje.

Me acerqué con precaución:

—¿Está bien?, ¿qué le pasa?

La mujer se estremeció, levantó la cara, sus facciones estaban contraídas, su mirada parecía distante, como si se le hubiera quedado fija en el pasado.

—¿Cómo se llama?, ¿dónde vive? —no me contestó, pero las preguntas le trajeron un momento de lucidez.

—Bety... ayúdeme... no, Dios mío... no —la mujer se desmayó.

Mi compañero llamó a una ambulancia.

—Femenina inconsciente.

Antes de que mi compañero acabara de dar el reporte, la mujer abrió los ojos:

—Estaba soñando... —una sonrisa de niña le animaba la cara.

Me miró, analizó su entorno, su gesto se volvió de terror y me contó, con coherencia —me pareció una persona cuerda—, una historia que parecía sacada de la mente de un loco.

Tenemos la obligación de siempre dar crédito e investigar para llenar el reporte, así que la acompañamos hasta su departamento. Me sentía ridículo, creía que esa mujer estaba luring y lo había inventado todo; sin embargo, mi compañero y yo seguimos el protocolo, tomamos todas las precauciones del caso, y tal y como creíamos nos encontramos con un departamento como cualquier otro, excepto que en éste nos tenían de regalo el cadáver descuartizado de una mujer. Y entonces supe que sí había un loco, pero que estaba prófugo, confundiéndose entre la gente.

Llamé al jefe de sector, le informé todo lo que sabía, me ordenó absoluta confidencialidad. Inmediatamente después me comuniqué con una amiga reportera, sabía que esto le iba a interesar; además informarle me ocasionaba un doble placer. Por un lado, volvía loco a mi superior, siempre se preguntaba cómo se enteraba la prensa de todo; por otro, no podía esperar a ver la cara de la señorita "nada me afecta" ante esta imagen siniestra. Nunca había entendido cómo una

mujer como ésa, joven, bonita, podía estar metida en este medio. A alguien así me la imaginaba vestida de novia, embarazada, o trabajando, no sé, de secretaria, pero jamás entre cadáveres, con cámara en mano y cara de "quiero convencerlos de que lo disfruto y hasta me río de sus bromas"; yo estaba seguro de que en cuanto se daba la vuelta se preguntaba qué estaba haciendo aquí, si valía la pena poner en riesgo su sueño tranquilo con tal de demostrarnos que una mujer puede hacer todo lo que hace un hombre y según ella hasta mejor. Esto era algo que la pondría a prueba. Estaba seguro y no me lo quería perder.

—Ya salió el bueno, mejor no desayunes. No te digo más —no quería arruinarle el gusto de la sorpresa.

Llegó la ambulancia. Les entregué a la mujer, Norma Gutiérrez, me dijo que se llamaba, para que la revisaran antes de que le tomaran declaración. Mi compañero llamó a la base para que enviaran apoyo y se quedó a esperarlos mientras vigilaba la puerta del edificio. Yo regresé al departamento, quería ver otra vez esa escena del infierno. Era pequeño, con una sola recámara, en perfecto orden, con cosas de mujer. En el baño, chiquito, encerrado, que olía a humedad, había rastros de sangre, el lavabo estaba manchado de rojo, el jabón tenía espuma rosa. En el piso, un charco pardo, una toalla manchada. Por más empeño que haya puesto en limpiarse el tipo, no pudo haber quedado inmaculado, no me lo podía imaginar caminando, a plena luz del día, con rastros de sangre seca, sudoroso, agitado; alguien tuvo que haberlo visto, qué pensaría ese alguien. Lo más seguro es que no haya pensado nada. Hoy en día, a la gente nada le importa. Nadie quiere involucrarse, nadie da nada a cambio de nada. Es muy difícil que las víctimas denuncien, tienen miedo y prefieren quedarse con su dolor guardado, ya no se diga cuando se trata de testigos.

Una vez un hombre se madreó a su esposa en plena calle, la

arrastró, la pateó, la dejó privada. Un hombre se quedó parado a media calle, a unos cuantos metros, sin perder detalle y, cuando el tipo, salpicado por la sangre de su mujer, pasó junto a él, sólo le dijo: Buenas tardes, vecino.

Así son las cosas, te pueden estar matando y a nadie le importa.

La recámara estaba en orden, también la cocina, al parecer los hechos habían ocurrido en la estancia y el baño, nada más. No hallé indicios de robo, sobre un buró había unos aretes de oro y un reloj. Antes de salir del departamento vi otra vez la escena del crimen, parecía sacada de una película de terror. En el cine no me la hubiera creído; en la vida real, tampoco la alcanzaba a carburar.

Debía esperar a los peritos para darles el informe, pero preferí hacerlo en la patrulla. Mi compañero permaneció haciendo guardia en la entrada del edificio, al pasar junto a él, le comenté que en cualquier momento iba a llegar Enríquez, la reportera, que la dejara entrar.

—Ay, Halcón, otra vez. Un par de tetas jalan más que un buey, ¿verdad, cabrón?

Sólo me reí, el güey no tiene idea de lo que es trabajar a una dama.

Ojalá Enríquez llegara antes que los peritos y las demás unidades. Quería ver su cara de susto. Además, en realidad, le estaba haciendo un favor, una historia como ésta y en exclusiva, la iba a vender muy bien. La vi llegar, venía medio despistada, como siempre; no llamé su atención, quería verla buscar la dirección, la numeración estaba salteada, no hay nada más divertido que observar a una persona desorientada, pero no me duró mucho la función: mi patrulla guió a Enríquez. Llegó hasta a mí, se veía bien buena con pantalón de

mezclilla y playera:

—Creí que ya no llegabas. Súbele antes de que lleguen los peritos. Es el departamento 5, está abierto, mi compañero tiene indicación de dejarte pasar —le dije.

Ella me dio las gracias y se dio la vuelta, le vi las nalgas hasta que se perdió tras la puerta barnizada en azul.